

ROMANCE DE CIEGOS

Con diez millones de votos
de ilusionados Rogelios,
ganaron las elecciones
y entraron en el Gobierno
unos mozos socialistas
que se llamaban obreros
sin tener ni un solo callo
ni en la yema de los dedos.

Gran revuelo entre las gentes
aizo el acontecimiento
hizo bailes y charangas
la hermosa gente del pueblo,
y levantaban el puño
en forma de macetero
con una rosa de seda
presa en un guante de hierro.

Con la rosa por testigo
los Ministros prometieron
dar trabajo, hacer justicia,
predicar con el ejemplo
y levantar las alfombras
del palacio del Gobierno
por barrer todos el polvo
de anteriores trapicheos;
con cien años de "honradez"
convertidos en plumero
y que por fin esta tierra
fuese un país europeo
demócrata, libre, culto,
pero sobre todo, ético.

Al pie de un rosal florido
hicieron su juramento.

Pasaron algunos meses
y al llegar el año y medio
las rosas se habían secado
y volaron las promesas,
como hojas que lleva el viento.

Promesas electorales
mueren pronto, según Tierno.

Todo se llenó de pícaros
cucañistas, trepadores,
políticos sin gramática,
de juanes de medio pelo,
tragaldabas, tragaperras
tragacargos, traga sueldos...
y en menos que canta un gallo
nos dejaron en barbecho.

Las calles y plazas públicas
los mercados y paseos
se llenaron de chorizos,
robaperas, descuideros,
tramposos, trapisondistas,
mangantes y presos sueltos.

La corte de los milagros
salió del túnel del tiempo
y volvieron los mendigos,
los parados, los hambrientos;
a manta de Dios las putas
con sus chulos al acecho,
travestidos, maricones,
zorras de pelaje nuevo,
y ambulantes de la droga,
de esos que llaman "camellos".

En calzón van pensionistas
en perneta los obreros
empresarios en pelotas,
contribuyentes en cueros,
Alfonso Guerra en Mercaderes
y en la cárcel Ruiz Mateos,
los ladrones a la calle,
los tontos al Ministerio,
los vivos a Sarasola,
los guardias al cementerio,
los terroristas a Cuba,
los electores al huerto,
Fernando Morán a China,
y todos al tostadero.

Por las campiñas de Iberia
a un lado y otro del Duero
mugieron desesperadas
hasta las vacas sin heno.

De mirar tanta desdicha
un día me quedé ciego
que para ver tales cosas,
los ojos para que quiero.